

aplomo habitual, y exclamó sacando un cigarrillo de su petaquita de plata :

— ¡Sabes, Melania? Yo ignoro á dónde conducirá tu Rascol á este muchacho, pero es más probable que le lleve á Mazas que al Banco de Francia.

II

La vida, para Roger Brémont, había sido fácil y dulce. Su padre, que enviudó á los cuarenta años, se consagró á él y le educó con prolijo esmero. Pero cada cual se labra su propio porvenir y el joven manifestó desde su edad más temprana, un horror invencible hacia los caminos trillados. En todo fué un desequilibrado ; y su padre, que era la razón y el orden personificados, tuvo en él un caso de atavismo que se prestaba á un estudio interesantísimo, buscando en sus ascendientes lejanos los gérmenes de aquella independencia exagerada que no se sometía á regla alguna. Pero el señor Brémont sólo pensaba en desesperarse, y murió á los sesenta años sin comprender las misteriosas complicaciones del carácter de su hijo, y dejándole unos veinte mil francos de renta, una bonita casa en Montpellier y un apellido sin tacha. En los seis meses que siguieron á la muerte de su padre, el heredero vendió la casa solariega, liquidó los bienes inmuebles y provisto de una suma respetable en dinero contante, se fué á París. Tenía veinticuatro años, una salud de hierro, una mediocre

instrucción y una hermosura que hacía volver la cabeza á las mujeres que le encontraban en la calle. Pero aquellos testimonios de admiración no le interesaban. Era un muchacho muy positivista que caminaba siempre á sabiendas y procurando por sus intereses. Si hubiese tenido afición á los negocios, hubiera hecho fortuna seguramente; pero sólo tenía afición á los placeres y en poco tiempo malgastó cuanto poseía. Había llegado de su provincia creyéndose capaz de emular á los más arriscados aventureros, y bien pronto comprendió que todavía era un estudiante inocentón. En esta terrible sociedad parisina en que el dinero atrae á los explotadores y á los petardistas, haciéndoles pulular con increíble rapidez, el joven provinciano se vió agasajado por una comparsa interesada de parásitos que le rodeaban con tenacidad dócil y sonriente, y que se mostraban insensibles á las negativas y á los sofiones. Su complaciente avidez les retenía junto á aquel á quien se habían propuesto devorar, y sostenían su propósito adulándole, doblegándose á sus caprichos, tratando á su cliente como á un príncipe por amor á su dinero. Él comprendía demasiado que tenía que habérselas con vividores de la más ruin estófa, pero no acertaba á desembarazarse de ellos; y cuando comparaba á aquellos granujas que le rodeaban con los vividores del gran mundo, no hallaba notable diferencia entre unos y otros. Todos

tenían las mismas costumbres, la misma hipocresía, idéntica condición, idéntico egoísmo, y adivinaba que todas las villanas acciones que veía á su alrededor también las cometían los encopetados señores de la alta sociedad. Era lo mismo, pero en mayor escala; eso era todo. Aquello le indujo á sentir un desprecio profundo hacia aquella humanidad que veía agitarse presa de un furor famélico, consideró como una consecuencia lógica é inevitable la corrupción universal, y creyó que sus postrimeros escrúpulos eran residuos de sentimientos de lujo que podría readquirir cuando estuviese en condiciones de tenerlos.

Por entonces le era imposible. Conducido á los peores garitos por los amigos que le educaban en la vida parisina, había cambiado notablemente. Las carreras de caballos le devolvieron, por una rara coincidencia, parte de su dinero, pero aquella sonrisa de la fortuna acabó por convertirse en una mueca, y el provinciano reconoció que estaba completamente arruinado. La experiencia duró tres años y no dejó lugar á dudas. La caída de Roger fué la señal para que empezara á resfriarse la amistad de sus compañeros de placer, y conforme iba descendiendo de su alto rango en la insignificante medianía, vió decrecer las obsequiosas atenciones de los que le rodeaban y adularon en sus días de esplendor. Desde su hotelito de la avenida de Villiers se mudó á un entresuelo

en la calle de Moscou, desde este entresuelo á un piso bajo, en la calle de las Pirámides; y, finalmente desde este piso bajo á un cuarto piso, con vistas á un patio, en una casa sucia y torcida de la calle Saint-Honoré : desde allí fué á parar á una habitación amueblada de la calle Teresa. Esta fué su última etapa. En este período crítico y culminante de su vida, en que se hallaba descorazonado por la ingratitude y la cobardía de los hombres, fué cuando encontró á la única mujer á quien amó. Era una cantora, del género Yvette, llamada Fanny Piérard, que trabajaba en el café-concierto de *El Reloj*; y bastante bonita, aunque algo ajada por la vida de disipaciones á que estuvo entregada en Marsella y en Burdeos, en donde hizo las delicias de la marinería. Seducida por la arrogante apostura de Roger, le llevó á su casa desde la primera entrevista, encaprichándose luego por él en términos de no dejarse tocar por ninguno de sus parroquianos habituales. Pero el amor de una mujer tan degradada como Fanny Piérard, aunque fuese sincero, no podía menos de acarrear consecuencias funestas á un joven tan bien predispuesto á la corrupción como lo estaba Roger.

Acostumbrada á considerar á los hombres como instrumentos de los cuales se podía usar y abusar por los peores procedimientos, Fanny acabó de desmoralizar al desventurado que acababa de caer entre

sus manos. Los contados principios morales que aún le quedaban desaparecieron bajo el influjo enervante de aquella muchacha de quien recibió dinero sin que su dignidad se sublevase. Con ella conoció la miseria y recurrió á los procedimientos más innobles, y hasta se creyó perseguido por la policía por un negocio de alhajas que había llevado inmediatamente al Monte de Piedad; así estaba cuando se resolvió á ensayar á instancias de Fanny, una trampa con naipes preparados de antemano. Y en este momento doloroso de su vida en que tan bajo había caído, fué cuando Rascol le encontró. Tal vez Roger hubiera podido redimirse todavía si una influencia benéfica hubiese intervenido en su favor, porque sus desfalcos aún no estaban consumados : pero el destino acababa de colocarle ante uno de los tentadores más peligrosos que pudo encontrar, y su perdición fué irremediable. El joven se dejaba conducir por aquel hombre á quien consideraba como á su salvador, y taconeaba por el piso seco de la calle y bajo un cielo estrellado y sereno, sintiéndose un poco aturdido, maravillado por la extraordinaria y aparatosa aventura que acababa de correr, y por el inesperado desenlace que había puesto fin y remate satisfactorio al enredo; y si no hubiese ido caminando al lado de aquella especie de Mefistófeles de levita que le conducía después de darle diez mil francos con la misma facilidad que si se hubiese tratado de pagar una modesta

comida, hubiera creído estar soñando. Pero no, en el bolsillo sentía el rollo de billetes, sus manos lo tocaban y era imposible dudar de que en vez de ir á ver al comisario de policía para explicarle un asunto embarazoso, iba camino de... Y, á propósito, ¿hacia dónde caminaba? Esto se lo preguntaba con más curiosidad que inquietud, pues las aseveraciones prodigadas por su acompañante y apoyadas por una cartera respetable, le inspiraban absoluta confianza, si bien comprendía que no era por gusto de servirle por lo que el hombre misterioso, que llamaban M. Rascol, le había ayudado á salir airosamente de aquel mal paso. Entretanto le seguía.

— ¿Está usted preguntándose adónde le llevo, verdad?

— Es cierto.

— ¡Pues bien, mire usted! Seguimos la calle de la Chaussée d'Antin. Dentro de un momento llegaremos á los boulevares.

— ¿Y después?

— Después iremos á una casa amiga, en donde le presentaré. Esté usted tranquilo, le recibirán muy bien.

El gesto y el tono con que aquellas palabras fueron pronunciadas produjeron en Roger un ligero desasosiego. Sin embargo, no tuvo miedo. La osadía sarcástica de Rascol le tranquilizaba. Adivinaba claramente que empezaba para él el aprendizaje de

su nueva vida, pero se sentía puesto en buenas manos y no vacilaba en seguir á su guía. Así continuaron hasta la calle del Cuatro de Septiembre. Allí Rascol se detuvo, y dijo mostrándole á Roger un primer piso profusamente iluminado :

— Ahí es donde vamos.

La puerta estaba abierta de par en par, á despecho de lo avanzado de la hora. Pasaron bajo una bóveda y en vez de subir por la escalera principal, entraron por una puerta de servicio que daba acceso á las oficinas. En el fondo de un gabinete separado de la primera habitación por un enrejado cubierto con una cortina verde, resonó una voz que preguntaba :

— ¿Quién está ahí?

— Soy yo, Brunier, no se moleste usted.

— ¡Hola, marqués! hace tiempo que le esperan.

— He tenido que despachar algunos asuntos importantes. Entre usted, querido, — dijo dirigiéndose á Roger y empujándole delante de él.

— ¿No está usted solo? — preguntó la voz con inquietud.

— Traigo un amigo.

— ¡Ah, bien!

— Espéreme usted aquí, chiquito, — dijo Rascol penetrando en el gabinete enrejado. Pocos segundos después sacó el brazo por un ventanillo ofreciendo á Roger una caja con magníficos habanos de anillo dorado :

— Fume usted mientras me aguarda. Dentro de cinco minutos soy con usted.

Roger cogió un puro, lo encendió y se sentó, preocupada su atención por un roce de vestidos y un ruido de frascos y de vajilla que salía del gabinete enrejado. También se percibía un murmullo de palabras ininteligibles, y de vez en cuando la voz de Rascol, un poco más fuerte, pronunciando algunas frases que imprimían una temible significación al diálogo sostenido con el hombre del gabinete:

— El individuo que necesitamos.... El barón está quemado.... Estoy harto de pagar sus vicios.

El ruido de la loza aumentó y se sintieron unos pasos que se deslizaban por el suelo.

— Y ese camello de Teresa.... ¡te echarán del gran mundo!.... ¡Sí, á San Lázaro!....

Luego un murmullo, una especie de zumbido, que era la respuesta del hombre del gabinete enrejado. Era indudable que se esforzaba en calmar á Rascol, pero sin conseguirlo.

— ¡Me aburres!... es un engaño.... Lo voy á echar todo á rodar, y de una vez.

Roger no comprendía aquella jerigonza. En aquel momento la puerta del gabinete volvió á abrirse y apareció un hombre de cincuenta y cinco años y de porte distinguido, vestido de etiqueta, condecorado, algo tripudo, con una hermosa cabeza de cabellos grises rizados, el cual se dirigió hacia él.

— Vamos, chiquito, sígame usted....

Y Roger, estupefacto, reconoció la voz de Rascol, aunque á este Rascol no le reconocía. El otro sonrió y dándole en la espalda una palmadita amistosa:

— ¡Ah, es cierto! usted no estaba prevenido.... Aquí, hijo mío, me llamo M. Brunel, y soy negociante en sederías de Lyon. Acuérdesse usted de esto para no cometer una indiscreción.... Ahora, subamos.... ¿Hay gente, Brunier?

— Mucha — repuso el hombre desde su escondite.

Rascol empujó á Roger por una escalera interior que los condujo al primer piso, en una antecámara donde había tres lacayos sentados sobre largos banquillos, y que al verlos aparecer se levantaron. Uno de ellos cogió el gabán de Roger, dándole un número de níquel. Otro abrió una gran puerta y una oleada de ruidos inciertos y confusos llegó del salón en que penetraron los recién llegados. En esta primera habitación había varios hombres de diferentes edades que tomaban té, sentados al rededor de una mesa. Algunos exclamaron:

— ¡Hola, es Brunel! ¿Ya está uste en París? ¿Y cómo es eso?

Rascol avanzaba tranquilamente, seguido de Roger; saludó y estrechó las manos que le tendían y después, con una voz tan nueva como su figura:

— He llegado esta misma noche y no he hecho más que cambiar de traje. Les presento á ustedes á

30636

uno de mis jóvenes compatriotas, el señor marqués de Prédalgonde....

— Caballero, sea usted bienvenido. ¿El señor es del círculo? — preguntó un anciano de bigote blanco y erizado, y cráneo amarillento.

— Lo será, general; si usted quiere servirle conmigo de padrino.

— ¡Cómo! con mucho gusto.... Por esta noche, caballero, y puesto que ha sido usted presentado por nuestro colega, está usted en su casa....

Y así Roger, estupefacto, se halló introducido sin formalidades previas, como en el salón de una fonda ó en un gabinete de lectura, y la experiencia que tenía de las casas de juego de París le reveló que estaba en un círculo muy célebre, conocido por el nombre de Filadelfia, garito famosísimo en donde se han hecho y deshecho muchas fortunas en una sola noche, y que es muy frecuentado por los miembros arruinados de otros grandes clubs, los cuales van allí arrastrados por esa superstición enfermiza de los jugadores perdidosos que quieren cambiar á todo trance de mesa, de barajas y de adversarios, creyendo que por este medio podrán suavizar los rigores de su mala suerte. En un salón inmediato había una treintena de individuos que jugaban al bacarrat sentados alrededor de una larga mesa, y rodeados de un círculo de mirones y de puntos volanderos.

— ¿Á vuestro compatriota le gustan los naipes,

Brunel? — preguntó uno de los bebedores de té.

— ¡ Oh! creo que nunca ha jugado.

— Se le enseñará.

— En veinte lecciones.

— ¡ Cinco luises la postura!

— ¡ Oh, señores, qué de prisa van ustedes! — dijo Rascol riendo. — No me asusten á este joven provinciano. Va á figurarse que está en una cueva de bandidos.

— Y es cierto. Hay en ella más de cuarenta salteadores.

— ¡ Oh, oh!

— Usted llama ladrones á todos los que le ganan.

— ¡ Eso me consuela!

El general afectó un aire irritado :

— Usted se olvida, caballero, de que soy de la junta directiva, y de que me intereso por el buen nombre del círculo.

— General, esto no va con usted, cuyas virtudes ya conocemos. Además, usted no juega nunca.

— Mis recursos no me lo permiten.

— Precisamente los que carecen de posibles son los que juegan, para ganarlos.

— Ustedes, los jóvenes no respetan nada.

— Eso es muy difícil en estos tiempos.

Rascol, que había cogido á Roger del brazo, le condujo hacia la mesa de juego. En el vasto salón no había nadie más que los jugadores, y ambos empe-

zaron á pasearse de un extremo á otro sin hablar.

Después Rascol se detuvo y dijo á su compañero:

— Dentro de algunos minutos verá usted cómo se bambolea la banca; aproxímese usted á la mesa y observe atentamente el juego. Los siete golpes primeros serán favorables al banquero. El octavo dará seis al cuadro de la izquierda. Apunte usted cincuenta luses á este golpe. En seguida habrá dos más en favor de la banca, y luego otro contrario. Juegue usted doblando siempre.

— ¿La baraja, por tanto, está preparada? — balbuceó Roger.

— Es la zancadilla del Holandés. Vamos. Usted juegue en la seguridad de ganar y sin escrúpulos de ninguna especie — añadió Rascol sonriendo irónicamente, — porque lucha usted contra un ladrón.

Roger se aproximó á la mesa. El banquero era un hombre de cincuenta años, atlético, imberbe y de voz infantil, que manejaba los naipes con unas manos amarillas y gruesas en cuyos dedos lucían varias sortijas. En aquel momento hizo juego y dijo bromeando:

— Caballeros, la banca está en tablas...

— Atención — dijo Rascol dándole á Roger algunas fichas que sacó de su bolsillo; ahí tiene usted los pertrechos de guerra. Al rededor de la mesa hubo un movimiento general de desasosiego. Los segundos banqueros barajaban ya los naipes de la nueva talla,

y el individuo que Rascol llamaba el Holandés encendía con mucha parsimonia un gran cigarro habano. Después de partir exclamó con su voz aguda:

— Tengo esperanzas de que esta banca sea mejor para mí... Jugad... Caballeros, el juego está hecho...

Y triunfó en toda la línea. Siete en un cuadro, nueve en el otro.

Nadie manifestó deseos de querer cambiar, pero un ligero movimiento conmovió la asamblea. La suerte variaba. Sucesivamente ganó siete golpes, arrebatando sumas considerables. Las fichas se aglomeraban delante de él. Aquello excitaba su locuacidad y gritó con acritud:

— Las ovejas entran en el redil.

Los puntos estaban silenciosos, desconcertados y apuntaban con timidez. Roger apuntó sus cincuenta luses. El Holandés dió y obtuvo seis posturas más: era el séptimo golpe.

Roger experimentó un calofrío que le recorría la piel. Rascol había anunciado la jugada. Luego hubo dos golpes favorables al banquero. Roger, presa de una impaciencia febril, arrojó sobre el tapete cien luses más, y sintió que un sudor frío le inundó la frente mientras el Holandés daba: pero los vaticinios de Rascol se cumplieron, la banca perdió; y ya Roger se disponía á continuar explotando su buena suerte, cuando una mano se apoyó sobre su brazo arrastrándole fuera del grupo.

— Cuidado con dejarse embaucar, hijo mío, — dijo Rascol flemáticamente. — En la zancadilla del Holandés no hay más que dos golpes favorables á los puntos. Después del segundo golpe la banca lo arrasa todo.

Acuérdese usted de lo que le he dicho y no apunte sin ajustarse exactamente á mis indicaciones. Hay un procedimiento para jugar contra el Holandés, pues acostumbra á variar sus combinaciones. Ya le daré á usted la clave de su operación. Si siempre sacrificase en beneficio de los puntos los golpes sexto y octavo, los demás reconocerían fácilmente el engaño. El voluminoso Rotterdam es demasiado lince para dejarse sorprender, y hay que ser muy hábil para desplumarle.

— ¿Entonces no está en combinación con usted?

— preguntó Roger cándidamente.

— ¡Él! — dijo Rascol; es mi mayor enemigo. He vivido tres años con su mujer, y si me pudiese matar, seguramente no me perdonaría. Pero ya sabe á lo que se expone: Nos hemos enseñado las garras y se reconoce menos fuerte.

En un momento desfiló ante los ojos atónitos de Roger, una serie de perspectivas aterradoras. Se vió colocado en medio de una batalla implacable trabada entre facinerosos que se disputaban los mismos tesoros robados, y miró en torno suyo preguntándose quiénes eran los pillos y cuáles las personas decentes. Aquellos que le codeaban y miraban el juego, ó tomaban parte

en él con aire indiferente, ¿estaban robando ó dejándose robar? ¿De qué palabra misteriosa se servían los caballeros de industria para reconocerse? ¿Cómo diferenciarlos de las víctimas? Y en cuanto á él mismo, ¿no era de suponer que los demás dudaban de su probidad y de que la presentación equivalía á un título infamante? Porque, entre aquellos hombres que le rodeaban, habría seguramente muchos que conociesen los hábitos canallescós de su guía; y él, por tanto, ya estaba juzgado y despreciado. Y pensó: ¿es una acción infamante la de haber jugado contra ese Holandés ladrón en la seguridad de ganarle?... ¡No! Es la lucha contra un pillo, la defensa del dinero contra el que quiere llevárselo por medios ilícitos. Aquí nadie puede tacharme de granuja. Donde cometí una villana acción fué en casa de Mme Mascart, porque allí engañaba á gentes honradas que no desconfiaban de mí. Allí fui un canalla, un estafador: aquí soy un vengador que endereza entuertos. Esta reflexión le alivió y reanimó, y pensó sintiéndose mejor predispuesto hacia Rascol: Después de todo, me ha prestado diez mil francos y dádome ocasión de ganar tres mil más, en pocos minutos. Pero esperemos hasta el fin. ¿Qué me exigirá á cambio de esto? La voz del personaje le respondió en aquel preciso momento:

— Ponga usted sus trece mil francos en el golpe que va á jugarse, y haga usted pároli en los dos

golpes siguientes. Ya es tiempo de dar al traste de una vez con ese holandés fantasmón.

Roger obedeció. Su mirada se cruzó con la del banquero y en la abrutada hinchazón del rostro de Rotterdam se dibujó un gesto receloso. Roger vió que el hombre sabía que iba á perder. Este era el desenlace fatal é inevitable de la serie de golpes que tenía preparados. Vió que el rastrillo le ponía delante los trece mil francos, pero nos los tocó.

— ¿Va todo? — preguntó el banquero.

— ¡Todo! — repuso el joven imperiosamente.

El rastrillo implacable le devolvió veintiséis mil francos, que él dejó sobre el tapete. Pero esta vez tuvo miedo y vaciló, acobardado por la mirada iracunda del Holandés. Rascol, que estaba detrás de él, murmuró:

— Siga usted.

Y el rastrillo, con un golpe seco de su paleta metálica limpia y amarilla, le trajo cincuenta y dos mil francos.

— Recoja usted, — murmuró Rascol tranquilamente; — y cogiéndole por un brazo le arrastró fuera del círculo formado por los jugadores. Detrás de ellos quedaba el Holandés empezando de nuevo la serie de sus rapiñas para reparar el descalabro que el atrevimiento de Roger había causado en el montón de sus fichas.

— ¡Ea! — dijo Rascol á su amigo; — ya hemos practicado una sangría argentífera que no es del todo mala. Pero no se inquiete usted por esos ciento cuatro mil francos ganados al cerdo de Rotterdam, porque

á estas horas ya ha tomado el desquite. Nada hay tan bueno como estos tres golpes contrarios siguiendo á seis golpes buenos y precediendo á otros seis golpes favorables. Mire usted la curva de su espalda; los puntos están arruinados y el Holandés se lleva el dinero. Ya nada tenemos que hacer aquí. Déme usted sus fichas y vámonos. Rascol se dirigió al despacho del mozo de juego y cambió las fichas por billetes de banco: después, volviéndose hacia Roger:

— Tome usted, hijo mío, cincuenta mil francos para alfileres.

Y aprovechando la estupefacción del joven le condujo á una pieza inmediata, en donde el general dormía cerca de la mesa del té, con la boca abierta y un puro apagado entre los dedos. Rascol se lo enseñó á Roger con un gesto irónico.

— Vea usted ese honrado viejo. Hoy ha comido aquí, mañana almorzará también, y por la tarde se limitará á ganar un par de luises que es lo que necesita para sus vicios. Y todos los días de su vida continuará haciendo lo mismo, hasta la última apoplejía... ¡Duerme, héroe... y sueña con tu amiguita!...

Después condujo á Roger al recibimiento en donde el mismo lacayo de antes le dió su gabán á trueque del número metálico, y bajaron por la escalerilla excusada hasta el despacho de Brunier. El secretario continuaba trabajando detrás del enrejado, y haciendo

crujir los papeles que tenía entre sus dedos. ¿En qué se ocupaba?

— ¿Y bien — preguntó á Rascol al verle entrar en el gabinete; — cómo va eso?

— Ciento cuatro mil, — repuso el misterioso compañero de Roger.

— No está mal. ¿Ha separado usted la parte de la baronesa?

— Hela aquí, — dijo Rascol.

Después se oyó un ruido de loza, de cepillos y de vestidos que se arrastraban, y un instante después el crujido de una gaveta al abrirse, y la voz de Brunier.

— ¿Vendrá usted mañana por la mañana?

— Seguramente.

— ¿Y el joven?

— El joven dormirá para que la trasnochada no le marchite las mejillas. Buenas noches; ó mejor dicho, buenos días, porque ya son las tres de la madrugada.

Un momento después reaparecía Rascol metamorfoseado, dejando en el misterio del gabinete la figura venerable de M. Brunel. Cogió á Roger del brazo, repasaron el patio y el pasadizo de la puerta cochera, y se encontraron en la calle. Allí se detuvo otra vez.

— ¿Dónde va usted ahora? ¿Va usted á su casa?

— ¡Á mi casa! repuso Roger con tristeza. — ¿Acaso tengo hogar? Una miserable habitación amue-

blada en donde he pasado las horas más trágicas de mi vida, y á la que no quisiera volver nunca.

— Todo eso cambiará. Piense usted en que su existencia de mañana no ha de parecerse á su existencia de ayer. Le prometí triunfos brillantes y no le engaño, puesto que he empezado á darle, desde el primer momento, algunas muestras de mi habilidad. Antes de comer no tenía usted un céntimo, y ahora lleva usted en el bolsillo una suma respetabilísima. Siempre será así.

— ¿Y á cambio de qué? — preguntó Roger ansiosamente.

— Á cambio de una obediencia completa, — repuso Rascol. — Pero, no se alarme, porque esa sumisión no será para usted una esclavitud... Nos entenderemos perfectamente y navegaremos de común acuerdo por ese océano del mundo parisino, tan plagado de hallazgos felices y de tesoros secretos para los avisados que saben tripular bien su barca. Nosotros tenderemos nuestras redes y ya verá usted qué buena pesca hacemos. ¡Oh, no hay que ser escrupuloso!... Cuando usted mire el fondo de las aguas cristalinas, apreciará la agitación, las corrientes encontradas y los remolinos que hay allá abajo. Únicamente la superficie está tranquila; las tempestades rugen en el fondo. Sepa usted que todo es superficial y somero, y cuando aprenda á servirse de los secretos que le enseñen los sondeadores há-

biles y tenga usted ocasión de comprobarlos por sí mismo, no sentirá por este mundo más que odio y desprecio. Bajo París hay una red de alcantarillas que arrastran muy lejos todas las inmundicias y podredumbres de su vida material. ¡Pues bien! se necesitaría otro alcantarillado más grande y más herméticamente cerrado para drenar las impurezas y porquerías de su vida moral. El vicio, la corrupción y la ignominia fermentan por todas partes. Se encuentra usted en la calle con una mujer modestamente vestida, y al parecer, casta y honesta; pues vuelve de casa de un amante en donde acaba de cometer las locuras más abominables. Ve usted un joven que pasea sonriente y dichoso por las calles inundadas de sol; ¿en qué piensa? En la muerte próxima de sus parientes, que le hará percibir una rica herencia largo tiempo deseada. Ese anciano grave de cabellos blancos y aspecto digno y respetable, ¿por qué se detiene ante la vidriera de esa tienda? Porque tras el cristal hay jovencitas delgadas y precoces, aprendizas de modista que trabajan, y en el cerebro del viejo el apetito senil ha despertado. Ese militar vestido de gala que corre presuroso al ministerio, ¿qué anhela conseguir de su jefe? Un grado más, una cruz, un puesto ventajoso. ¿Adónde va ese clérigo que se introduce en los hogares con un libro piadoso debajo del brazo? ¿Irá á remediar, tal vez, á algún menesteroso? No, corre á casa

de una devota rica para sacarle dinero, quizá para dictarle su testamento. Ese banquero, que va en su berlina, ¿qué irá á hacer en la Bolsa? Desvalijar á los cándidos, arruinar á los inocentes y enriquecerse con sus despojos. Por todas partes imperan el egoísmo, la lujuria, la concupiscencia, el robo; y si se atreviesen, el asesinato. La hipocresía desfigura con su careta el semblante de todos esos monstruos, dándoles apariencias de mujeres honradas, de hijos respetuosos, de viejos venerables, de militares heroicos, de clérigos santos y de comerciantes escrupulosos. La superficie es clara, limpia, tentadora; pero el fondo es innoble, inmundo. Allí no hay más que soborno, compromisos, calumnias, crímenes ignorados; y si quiere usted sacar de esta Gomorra, antes de precipitar sobre ella el fuego celeste, las verdaderas personas honradas que haya en ella, sólo podría escoger una cuarta parte; el resto es carne podrida, que urge limpiar. Pero no por esto vaya usted á creer, hijo mío, que esta descripción se ciñe, y circunscribe únicamente á las costumbres de París y que no es aplicable también á las otras ciudades populosas. Vaya usted á Londres, á Berlín, á Roma, á Viena; puede usted ir al rincón del mundo que guste, en la laboriosa y casta América, por ejemplo, y encontrará los mismos vicios, la misma hipocresía; porque los hombres y las mujeres son iguales en todas partes, y en cuanto se reúnen dos individuos ya está uno de

ellos procurando seducir, robar ó matar al otro. Esta es, querido amigo, la advertencia que deseaba hacerle en el umbral de la nueva vida que va usted á emprender. Tenga usted la persuasión de que, por mucho que haga, nunca llegará al límite de la infamia humana, y que siempre encontrará usted individuos que no merecen cariño ni perdón. Usted será un cazador colocado en medio de una manada de lobos, de osos, de tigres y de serpientes; y aprenda á destruirlos para arrancarles la piel, porque si no es usted el más fuerte, tenga por cierto y averiguado que sus enemigos le destrozarán sin vacilar.

Es la lucha por la vida contra los animales feroces: conquie fuera escrúpulos y á dar primero; sino es usted hombre muerto. Esta noche le he enseñado á usted el símbolo de la vida, obligándole á reñir una partida contra el Holandés. Todas aquellas personas que usted vió, estaban dejándose robar por el insigne filósofo. Usted únicamente pudo luchar contra el vencedor, y para un corsario hubo corsario y medio. Siempre, invariablemente, sucederá lo mismo. Siempre se hallará usted rodeado de gentes que procuran explotarle, devorarle, desvalijarle, y á quienes es justo pagar en la misma terrible moneda. Las mujeres querrán que usted las ame, sin creerse por ello obligadas á serle fiel; los hombres pretenderán captarse su amistad, reservándose el derecho de traicionarle cuando llegue el caso, y los negociantes harán lo posible por embro-

llarle en asuntos sospechosos, para reirse luego de su torpez. Trate usted á las mujeres como á esclavas, á los hombres como á enemigos, y á los comerciantes como á tributarios; y de este modo vivirá disponiendo de la verdad, de la fuerza y de la sabiduría. Observando esta regla de conducta será usted poderoso, respetado y adorado. Y entonces, hijo mío, si quiere usted acordarse de que es á mí á quien debe su apoteosis y encumbramiento, su esplendor y su felicidad, y se digna usted velar por mis intereses sin descuidar por eso los suyos, me consideraré cumplidamente pagado. ¿Qué digo? Aun le quedará agradecido por haberme ayudado á vengarme de este mundo que tanto daño me hizo y al cual odio.

No hay medios de expresar el acento feroz con que Rascol pronunció estas últimas frases. Roger le miró á la cara y vió con sorpresa que la fisonomía de su compañero estaba tranquila y risueña. Había lanzado á la sociedad aquel reto formidable, con el aire sosegado de un burgués que entra en su casa después de dar un paseito higiénico. Este contraste entre el lenguaje y el semblante de Rascol, inquietó más á Roger que el mismísimo programa que acababan de planearle; y preguntóse qué extraño réprobo era aquel personaje que parecía dispuesto á ejecutar su amenaza dirigida contra la sociedad. Quiso ahondar más aún en el fondo de aquel espíritu tenebroso, y preguntó recalcando sus palabras:

— No puede negarse, sin embargo, que hay personas honradas.

Rascol levantó los ojos y replicó encogiéndose de hombros :

— Sí hay ; pero menos de lo que se cree, y mucho más de lo que se dice. He conocido alguna ; todavía conozco ; y me guardo de ellas cuidadosamente, porque se expone uno á ser arrollado. No puede usted imaginarse cuán difícil es influir en el ánimo de aquel que no miente, que no roba, que prosigue sin vacilaciones el camino de su vida, sin preocuparse más que de su deber. Es imposible morder en el mármol compacto, liso y duro. Lo mismo ocurre con la honradez : es impenetrable. Con las personas honradas no se puede. Los únicos explotables son los pillos. Con ellos todo es ganancia y placer.

— ¿ Tiene usted amigos ? — preguntó Roger que continuaba espoleado por su curiosidad.

— ¡ Que si tengo ! Usted puede figurárselo por lo poco que le he enseñado de mi vida. La pobre Mme Mascart se dejaría descuartizar por mí. Los honrados burgueses con quienes hemos jugado esta noche en casa de ella, también me son afectos ; y hace un momento, en *Filadelfia*, ya ha visto usted el recibimiento que me han dispensado. Es verdad que no en todas partes me conocen por el mismo nombre y profesión ; pero siempre y sea como fuere, me quieren. Tengo un temperamento impresionable y afec-

tuoso. Y, mire usted, lo que son las cosas ; ya siento hacia usted un verdadero cariño.

Mientras pronunciaba estas palabras oprimía con su brazo el de Roger, y al verle así, un poco inclinado y con su aire bonachón, cualquiera hubiese creído que era un padre apoyándose en su hijo.

— ¿ Llegaré alguna vez á saber quién es usted ? — preguntó el joven.

Rascol sonrió.

— Hijo mío, eso depende de que sepa usted descubrirlo. Pero no se lo aconsejo. Tres personas han sabido quién yo era, y creo que llegaron á conocer todos mis secretos. Estas tres personas han desaparecido víctimas de una deplorable fatalidad. Una de ellas fué encontrada junto al puente de Saint-Cloud con un lingote de plomo de diez kilos en cada bolsillo de su pantalón. El otro murió de un pistoletazo en una taberna de Londres. Era una mujer joven y muy elegante, que llevaba en las orejas pendientes de quinientos luises. Desgraciadamente fué imposible reconocerla, porque el proyectil la destrozó el cráneo. La tercera estaba en el presidio de Numea. Tres días después de su llegada se sublevó contra los guardianes, y el primer tiro disparado por la tropa fué para él. Hay individuos desgraciados. Portanto, créame usted, conténtese con lo que yo le descubra y que seguramente bastará para preocuparle : no intente averiguar más ; esto será más

higiénico para usted y más agradable para mí, porque, si después de lo referido, le ocurriese á usted algún accidente, tendría usted motivos para considerarme como un hechicero. Ya conoce usted á M. de Rascol y á M. Brunel; llámemos aquí; va usted á conocer á M. de Saint-Vincent.

Y llamó á la puerta de una magnífica casa del boulevard Haussmann. La pesada hoja de encina tallada se abrió, mostrando el agujero negro de un pasaje abovedado. Rascol sacó del bolsillo una caja de fósforos ingleses, y tocando en los cristales de una suntuosa portería en la cual dormía el portero, gritó :

— Duerma usted tranquilo, Rotier, soy yo.

Después subió la escalera, llegó al entresuelo, abrió la puerta y haciendo girar el botón del contador eléctrico, inundó repentinamente el recibimiento con un torrente de claridad. Un ayuda de cámara dormía profundamente sentado en un gran sillón : pero la luz repentina le despertó, y se cuadró delante de su amo en actitud respetuosa :

— No había sentido subir al señor conde, — balbuceó.

— Está bien, — dijo Rascol con acento indulgente, — es tarde, Germán, hoy le he hecho esperar más que de costumbre. Arregle usted la cama en la habitación de costumbre. El señor dormirá aquí esta noche.

El criado desapareció sin manifestar ninguna extrañeza, como hombre hecho á tales aventuras, ó acostumbrado, más bien, á obedecer ciegamente las órdenes de su amo. Rascol llevó á su compañero á un gabinete lujosamente amueblado, y en el cual había esparcidós sobre una mesa un gran número de periódicos extranjeros, medio plegados y acotados con líneas de lápiz azules y rojas.

— ¿ Quiere usted fumar ? — dijo Rascol ofreciéndole á Roger un viejo vaso de China lleno de cigarrillos.

— Gracias, quiero dormir. Estoy cansado cual si hubiese recorrido quince leguas á pie...

— Conozco ese estado, consecuencia del gasto nervioso causado por los diversos incidentes de la noche. Mañana todo habrá desaparecido. Venga usted á su dormitorio.

Introdujo al joven en una alcoba elegante, en la cual el ayuda de cámara estaba concluyendo de arreglar el lecho. Rascol le enseñó á Roger la puerta y las ventanas :

— Estas ventanas caen sobre el boulevard Haussmann. El sol entra aquí desde por la mañana, pero no se crea usted por eso en la obligación de le vantarse. Yo soy gran madrugador, mas comprendo y disculpo la pereza. Espéreme usted y almorzaremos juntos. Si por casualidad le ocurre á usted algo, aquí tiene la puerta de mi cuarto. Ya sabe usted que á

cualquiera hora del día ó de la noche, estoy á su disposición.

— Gracias.

Rascal miró atentamente á Roger durante algunos momentos, y luego movió la cabeza con aire satisfecho:

— ¡Vamos! Está usted en carácter para el papel que quiero hacerle representar. Acuéstese usted, duerma y sueñe con toda suerte de bienandanzas. Usted será rey de París.

Y agregó inclinándose con irónica deferencia:

— Ofrezco mi humilde vasallaje á Vuestra Majestad.

III

En la calle de los Rosales, en el fondo de un jardín inmediato á la propiedad en que fueron fusilados en 1871 los generales Lecomte y Clemente Thomas, detrás de la enorme basílica, que nunca se concluye, del Sagrado Corazón, vive el escultor Juan Hiénard. Un pabellón de ladrillo que tiene en la planta baja unas cuantas piezas habitables, y en el primer piso, un gran estudio con su alcoba y un gabinetito tocador, constituyen los únicos dominios del hijo de la duquesa de Diernstein. Ha pagado veinte mil francos por aquel pabelloncito, porque deseaba habitar una casa de su propiedad, y para encerrarse en este rincón tranquilo y solitario renunció el escultor después de la muerte de su padre, el general Hiénard, á su magnífico hotel de los Campos-Eliseos. La actitud adoptada por el descendiente de aquella familia nobilísima, fué objeto de todas las conversaciones durante algunas semanas, y preocupó á los periódicos por espacio de veinticuatro horas. Parecía inexplicable que un joven de sus circunstancias, criado en el lujo y acostumbrado á las relaciones mundanas, se